

JOSÉ MARÍA CARRASCO SORIANO

ZEINUMB

PARQUE DE ATRACCIONES

ZEINUMB. Parque de atracciones

Primera edición, mayo de 2018

© José María Carrasco Soriano, 2018

© De la ilustración de portada: Pablo Ballesteros Álvarez, 2018

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

www.edicioneseltransbordador.com / edicioneseltransbordador@gmail.com

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 411-2018

ISBN: 978-84-947701-9-7

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Para Clara. **ZEINUMB** será perfecto si vamos juntos.*

01. El adiós al *antes*

Perfilado por juguetonas partículas de polvo, el sol de la mañana se colaba entre los destartados tabloneros. Tras varios intentos, Jeremías se rendía ante su incapacidad de atrapar la magia del antiguo cortijo familiar con su cámara fotográfica.

Los sobraos de *El Molino*, finca llamada así por el antiguo castillete que extrajese agua junto al camino de entrada, eran probablemente el rincón más descuidado y deteriorado de toda la casa, pero habían albergado algunos de los mejores ratos de juegos que Jeremías disfrutase en su infancia. Ahora, la sombra de la inminente pérdida lo ahogaba. Cada paso, cada atisbo y cada detalle le arrancaban un suspiro como si, presente en el aliento, el alma quisiera fundirse con el lugar.

Pero ya era irremediable. El viejo caserón tenía comprador y su familia se alegraba de no tener que afrontar más gastos de mantenimiento, que superaban con creces los beneficios de las pocas fanegas de olivos y naranjos que rodeaban la casa.

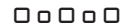
Jeremías entendía y aceptaba aquella decisión sobre la que de todas formas no tenía voto, pero sus sentimientos iban por libre. Prueba de ello era la intensa angustia que se había apoderado de él mientras trataba de despedirse del lugar.

Al pasar junto a uno de los montones de antiguos aperos de labranza y muebles en desuso, Jeremías reparó en la puerta del antiguo molino con sus adornos de bronce en forma de insectos. El grueso portón fue guardado años atrás después de ser medio arrancado por unos ladrones. Él siempre albergó la esperanza de ver la puerta arreglada y de vuelta en su lugar, pero el nuevo dueño había comentado su intención de eliminar aquel *molino viejo* para construir una pista de tenis, algo que a Jeremías se le antojaba atroz y que empeoraba al recordar unos versos:

Viste el solemne portón
sus caprichos de latón.
Uno escapó con razón
para adornar corazón,
mas a la buena sazón
tornará a su obligación.

Le contó su madre que aquello lo cantó durante años una de las mujeres que trabajaban allí; una de la que decían que era *bruja*. Las rimas viajaron a través de generaciones mucho antes de que las grandes cooperativas acabaran con la rentabilidad del molino.

Y estaba muy segura Celia, su madre, de que aquellos versos debían tener algún significado. En cualquier caso, Jeremías había decidido llevarse algo más que un recuerdo. Sin pensarlo dos veces sacó su navaja multiusos para desclavar con cuidado el adornito del portón que le pareció más logrado, uno que con gran acierto representaba una mariposa; una pequeña porción de toda aquella magia que escapase con él.



Tras emplear todo el día paseando por los jardines, huertos y bosquecillos, Jeremías durmió en su habitación de siempre. El entrañable canto del cuco se le hizo triste.

Despertó temprano para recorrer pausadamente los patios, pasillos y habitaciones. Lamentó su última visión de la chimenea sin lumbre y lloró sin vergüenza el último amanecer en el alto mirador, que le brindó una vez más todos sus horizontes.

Cuando luego, siguiendo la vieja senda entre naranjales, se dirigiese hacia el viejo apeadero de tren, dos cosas atenuaron la tristeza en Jeremías: el final de sus estudios y *Zeinumb*.

Por fin, en las primeras horas de una esperada mañana, los tablones de notas le permitieron verificar que, real y definitivamente, había finalizado su máster de postgrado en Ingeniería Industrial de Juguetes. Su proyecto final, *Bastón de burbujas de colores metalizados*, había obtenido la calificación de sobresaliente.

Pasados ya dos días aún podía ver las sonrisas infantiles del jurado, atónito y absorto en la contemplación de sus originales burbujas *metálicas* que insufladas con aire templado desafiaban la gravedad mientras Jeremías simplemente presionaba un botón. Su amigo Ricardo, muy astuto, aportó la presencia de sus hermanas pequeñas: Marta y las gemelas, de seis y siete años respectivamente, que palmearon, rieron y bailotearon con la implacable sinceridad de los niños.

Al final de su actuación, Jeremías le regaló a la pequeña Marta la mariposa de bronce, a la que previamente había quitado el clavo de agarre y colocado una cadenita de plata. A Marta le apasionaban

las mariposas, y por su sonrisa y el abrazo de gratitud bien podía aquélla haber sido de platino y diamantes.

Tal vez por ser hijo único, quería mucho a las hermanas de Ricardo. A Marta, en especial, la adoraba. Que lo acompañasen en tan crucial ocasión hizo de aquél un día mágico; el perfecto colofón para sus estudios. Y, ahora, le tocaba a *Zeinumb*.



El regreso de los Defensores Estelares era la última entrega cinematográfica de *La trilogía de Zeinumb*, creada por el ahora *muchimillonario* Bob Zacker (Roberto Zacarías, antes de su primera etapa en Hollywood). Las aventuras de Baldam Zraster concluirían y sus fans iban a disfrutar de lo lindo.

Sólo una cosa disgustaba a Jeremías, y es que, entre las horas de estudio y las dedicadas a terminar su original *burbujeador*, los últimos días habían sido agotadores y las noches escasas de sueño. Naturalmente valió la pena, pero hubiera preferido estar más descansado para poder disfrutar al máximo en el preestreno. Para colmo, su última oportunidad de dormir transcurriría en el asiento del autobús, camino de la capital.

—Es lo malo de ser pobre —dijo Ricardo incorporándose a la cola—. Alfonso Doblones y su séquito de pelotas van en AVE, y me consta que incluso podrían ir en *jet* privado. Y ni siquiera son auténticos fans de *Zeinumb* —suspiró, ajustándose la mochila.

—Te diría que «ellos se lo pierden», pero se notaría lo poco que me lo creo —contestó Jeremías—. En fin, yendo en autobús me queda al menos algo de pasta para trastear por las tiendas y a lo mejor poder comprarme un juguete de la película.

Ricardo rio.

—¿Qué te hace gracia?

—Que la mayoría de los frikis los llaman «figuras de acción», «maquetas», «*merchandising*»... Ya sabes.

—Qué más da. Para mí son juguetes aunque los ponga en una repisa —contestó Jeremías mientras entregaba el billete al conductor y éste se lo devolvía adecuadamente mutilado.

—En el fondo, estoy seguro de que los llaman así para despreciar y luego se encierran en sus habitaciones, los cogen y hacen ¡*Chiufs!* ¡*Chiufs!* ¡*Aaaarg!* ¡*Wiiiiuuuuuu...*!

El conductor del autobús miró con expresión preocupada a Ricardo. Él le devolvió una sonrisa deliberadamente poco tranquilizadora.
—No se preocupe, la medicación la llevo siempre conmigo.
Jeremías contuvo la risa.

□ □ □ □

Los asientos del autobús no estaban mal siempre que uno no pretendiese dormir. No obstante, existen esos afortunados viajeros capaces de caer en los brazos de Morfeo incluso sobre sus propios pies, disfrutando Ricardo de esa suerte, pero no Jeremías. Sin embargo, aquella noche estaba tan cansado que se dio la excepción.

Doble excepción, al ser Ricardo quien lo despertó cuando apenas habían llegado a la salida de la autopista.

Se conocían desde hacía más de diez años y rara vez lo había visto preocupado. En cuanto percibió un atisbo de miedo en su expresión, se despabiló por completo. El tráfico estaba completamente detenido y el rítmico resplandor de numerosas luces sugería algo serio.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó confuso Jeremías.

—No lo sé. No quería despertarte mientras la cosa no pareciese muy chungu, pero mira allí.

La visión de dos camiones del ejército y decenas de soldados con traje antirradiación entumeció a Jeremías como si algo frío y húmedo le reptase de repente por todo el cuerpo.

—Permanezcan en sus vehículos —gritó alguien por un altavoz.

De repente, un pasajero abrió una de las ventanas de emergencia. Varias personas intentaron abandonar por allí el autocar, pero un potente chorro de agua lo impidió. Había ahora al menos cuatro soldados rodeando el autobús, y dos de ellos tenían mangueras de alta presión. Vinieron entonces más gritos y golpes, y casi todos los pasajeros quisieron salir. Cuando fuera comprobaron que no podían controlar la situación, lanzaron al interior varios objetos que emitían un denso humo gris. A partir de ahí, Jeremías no consiguió articular más que un pensamiento: menos mal que le había dado un buen abrazo a su madre.

02. Apostando en frío

Primero llegó aquel desagradable y desconocido sabor de boca, luego la fatiga y un espeso dolor de cabeza. Estaba completamente desorientado. Entreabrió los párpados. Lo poco que llegó a ver Jeremías lo llevó a la suposición de estar en una habitación de hospital, y no cabía duda respecto a que dos personas lo observaban atentamente. Un terrible escozor lo obligó a cerrar los ojos de nuevo.

—¿Colirio? —preguntó alguien.

Jeremías quiso decir «sí», pero tenía la boca tan seca y se sentía tan agotado que fue incapaz. Alguien le puso unas gotas y de inmediato notó que el escozor disminuía. Probó de nuevo a abrir los ojos y fue algo mejor.

Tal vez estaba en un hospital, pero no le pareció uno convencional. No veía ventanas. Ciertamente, había dos personas con bata en la estancia: un hombre que estaba guardando el frasco de colirio y una mujer, tal vez algo mayor, que atendía ahora unos aparatos. Las mascarillas y gorros apenas dejaban ver sus miradas.

—¿Jeremías Crespo? —preguntó ahora la mujer con dura voz y perfecta pronunciación.

—Sí —consiguió contestar, con la voz muy enronquecida y una fuerte punzada en la garganta—. ¿Qué ha...?

—Radiación —dijo ella sin dejar de estudiar una pantalla—. Aún no se sabe mucho. Se habló de un atentado y luego de un accidente.

Radiación. Salvo en el contexto de un cómic de superhéroes, la simple palabra inspiraba terror, pero Jeremías creyó apreciar cierto humor en el tono de la explicación. De hecho, le pareció notar cierto entusiasmo propio, lo que de inmediato le pareció imperdonable.

Intentó cambiar de postura y entonces se dio cuenta de que estaba atado a las barandillas de seguridad de la cama. También sintió cierta molestia en los brazos, y una leve aunque muy costosa inclinación de cabeza le permitió ver que tenía agujas y tubos en ambos, lo que hizo aumentar su miedo y angustia.

—Las correas son solamente una precaución. Algunos pacientes se quitan las vías intravenosas en sueños. Ahora no las necesita.

El que al parecer era un enfermero desató las correas. La mujer continuó.

—Señor Crespo, soy la doctora Argenta. Me temo que el tiempo es un carísimo lujo en estas circunstancias, así que seré breve y evitaré los detalles innecesarios.

La médico se había plantado ahora delante de la cama. Sus ojos eran pequeños, grises, y a Jeremías se le antojaron también fríos. El hombre siguió mirando indicadores y tecleando en un aparatito portátil.

—Un desafortunado accidente lo ha envenenado de radiación. Su esperanza máxima de vida, en condiciones normales, es de apenas unas semanas. Días, en el peor de los casos.

No pasando por alto lo de *peor*, Jeremías supuso que estaba en estado de shock, porque de repente ya no sintió miedo, sino más bien curiosidad por la implícita existencia de condiciones «no normales».

—Sin embargo, Pharm-Ice-Labs se ha interesado por su caso y por el de otros afectados.

Aquél pareció un buen momento para preguntar por Ricardo, pero ella no paraba de hablar y a Jeremías le seguía doliendo muchísimo la garganta.

—Existe un tratamiento experimental para limpiar su organismo de radiación en unos tres años.

Sin ser un genio en matemáticas, las cuentas no salían.

—Para poder disponer de ese tiempo, usted sería sumido en un estado de hibernación.

Toma castaña.

—Piense en la alternativa; y debo decirle que si su estado actual se le hace medianamente soportable es porque está fuertemente sedado.

—J...

¿Cómo podía doler y marear tanto el simple intento de pronunciar una puñetera palabra?

—¿Perdone?

Temiendo las consecuencias, Jeremías probó esta vez susurrando.

—¿Cómo está Ricardo?

Los ojos de la doctora parecieron entornarse con suspicacia.

—Preparándose para el tratamiento del que le estaba hablando. Apenas tuvo que pensarlo.

Hubo una pausa.

—¿Qué más debo saber?

—Como ya le dije, cada minuto es vital. Si su salud empeora el pronóstico del tratamiento también lo hará, y Pharm-Ice-Labs no va a gastar una fortuna ignorando las probabilidades de éxito.

Otra pausa. Jeremías la hubiese llenado con un encogimiento de hombros, pero supuso que le dolería.

—Lo que le estoy diciendo es que tiene que decidirse ya. Hay otros casos en estudio y las variables tal vez no lo sigan señalando a usted como candidato óptimo dentro de unos minutos. Créame cuando le digo que ha tenido suerte.

Jeremías estuvo tentado de decirle floridamente a la doctora lo favorecido y afortunado que se consideraba, pero comprendía que el tiempo no estaba de su parte.

—¿Cuántas pers...?

—Usted sería el sexto. Hay noventa y tres candidatos y sólo se aplicarán diecisiete tratamientos.

Jeremías trataba de decidirse. La quemazón y punzadas lo hicieron por él.

—Va... —La garganta le falló.

—¿Perdone?

—¡Que sí! —Eso dolió.

—¡Bien! —exclamó la doctora Argenta con repentino entusiasmo—. Tenemos que grabar en vídeo su aceptación y firma del contrato, lo que ya nos llevará un rato. No habrá tiempo para visitas.

La repentina expresión de Jeremías obtuvo una aclaración.

—Lo siento. Seremos inflexibles en eso. El exceso de estrés es una variable a eliminar. Confiamos en que sus seres queridos podrán verlo después del tratamiento.

Mamá.

□ □ □ □

Básicamente, a Jeremías le iban a hacer una transfusión completa, le administrarían ingentes cantidades de gran variedad de medicamentos por todo tipo de vías y finalmente disminuirían su temperatura casi a cero. Periódicamente, para evitar atrofas, estimularían algunas zonas de su cuerpo con láser, infrarrojos, ultrasonidos y micropulsos eléctricos. Eso incluía un latido de corazón cada cierto tiempo.

Estaría aislado en una cámara e irrigarían artificialmente sus pulmones con una mezcla líquida especial que toleraría gracias a varios de los medicamentos administrados. En caso de corte en el suministro eléctrico, todos los aparatos de soporte vital podrían funcionar durante días con sus propias baterías de emergencia.

Durante todo ese tiempo se le administrarían en el torrente sanguíneo otros fluidos que, presuntamente, irían eliminando rastros de radioactividad, ayudándolo a regenerar nuevos tejidos sanos que sustituyesen a los dañados.

El detalle *simpático* lo ponía el sueldo que recibiría durante el tratamiento. Si bien no era nada muy por encima de lo corriente, estaba claro que al final, si lo contaba, se lo iba a encontrar todo ahorradito. Y a Jeremías no dejaba de hacerle cierta gracia el concepto tras tal pago, ya que se le pretendía compensar, según contrato, «por las incomodidades que pudiera ocasionarle el tratamiento».

Tras todas estas aclaraciones, Jeremías perdió la cuenta de los papeles que tuvo que firmar ante un notario que era la vivita imagen de Mortadelo. Esto lo llevó a dos cosas: un terrible dolor de muñeca y unas crecientes dudas sobre la credibilidad de sus percepciones que ganaron fuerza cuando Marilyn Monroe pasó a revisar los goteros.



Aquella madrugada le aumentaron las dosis de sedantes y se quedó profundamente dormido.

03. Desorientado

Jeremías creyó estar despierto y probó a abrir los ojos. Consiguíó ver toda una rendijita de borroso blanco y, como estaba tan cansado y somnoliento, le importó un bledo. Se dormiría otra vez. Total... ¿Cuántas veces había experimentado ya ese mismo episodio? Al menos ya no tenía tanto frío. *Mira que pasarse con el aire acondicionado en un hospital...*

Con tanto sedante había perdido la noción del tiempo, aunque así, claro, todo le dolía menos. De hecho, ahora se encontraba un poco mejor. ¿Y cuándo lo irían a congelar? Vaya. Ni tan sólo esa pregunta había tenido tiempo de hacerse las ocasiones anteriores; sin duda esta vez se estaba despabilando un poco más. ¿Y qué o quién era eso tan colorido?

Jeremías tuvo que esforzarse para que sus ojos lograsen enfocar, le llevó lo suyo y además dolió. Se trataba de una chica con bata y gorro blancos que presuntamente podían constituir un uniforme de enfermera, aunque no recordaba haber visto antes uno así. Pero lo realmente raro y llamativo era que la joven tenía el pelo teñido de colores de tal forma que conformaban la escala del arco iris. Sus ojos, para colmo, eran violáceos, y Jeremías supuso que se trataba de lentillas.

La chica parecía estar realizando su trabajo, que en ese momento consistía en observarlo, anotar algo y sonreírle con unos dientes irrealmente perfectos.

—¿Tal cual estás?

La insólita construcción de la pregunta puso a Jeremías en la suposición de que la chica era extranjera, aunque el acento no lo sugería. Intentó contestar algo, pero su lengua sólo se agitó torpemente dentro de la boca. Pues sí que lo habían dejado atontado con los...

De repente, Jeremías sintió un intenso escalofrío que arrancó desde su estómago, se extendió hacia su espalda y trepó por ella en todas direcciones hasta que lo hizo sentir cosquillas en los dedos de manos y pies. Había visto el reloj de pulsera de la chica, y aun no siendo un especialista en tecnología aquello no parecía encajar en 2019. Era de caja circular, ligeramente más grande que la medida estándar y parecía cubierto por una cúpula transparente semiesférica. En su interior, flotaban y evolucionaban unos números que debían marcar la hora. El diseño y color de éstos cambió mientras Jeremías observaba.

—Creo que ya se dio cuenta —dijo la chica en voz alta con cierto tono de entusiasmo.

De una puerta a la izquierda surgió otra joven de rasgos asiáticos y cabellos en gama rosada.

—Doy el toque *cerocoma* —dijo a su compañera antes de salir casi danzando a saltitos.

La comprensión golpeó a Jeremías. ¿Ya? ¿Y cómo habían llegado a hablar así las chicas en tan sólo tres años? Aunque claro, en ese tiempo podían haber surgido otros cinco canales de la MTV y MATTEL haber creado la cadena de peluquerías Barbie. Ocupado en tan trascendental elucubración, un tremendo sopor hizo que todo le importase de nuevo un pepino.

—¡Oh! Demasiada emoción *de crujida* —dijo la chica arco iris.

Eso será como decir «de repente», fue lo último que logró pensar Jeremías.



Cuando volvió a despertar, se sintió mucho más despejado. Estaba solo. Un gran ramo de flores adornaba la mesita frente a la cama.

No resultaba fácil creerlo, pero ése y un par de detalles más encajaban mucho mejor en la hipótesis de «estar de vuelta», y desde luego que, tratándose de tres años, el estilismo había dado un salto considerable en lo que a moda capilar femenina se refería.

Jeremías sintió un estremecimiento. Hasta aquel momento había evitado ser sincero consigo mismo, pero ahora la verdad se abrió camino hasta su conciencia como un cálido consuelo, ya que no había albergado muchas esperanzas. Y ahora estaba allí: ¡vivo! ¿Y curado del todo?

El desasosiego de la duda apenas duró un instante. La puerta se abrió.

—¡Ricardo!

Ricardo vestía una bata de visitante que Jeremías no distinguió de las que había visto en alguna ocasión. Tal vez las cosas no habían cambiado tanto, después de todo. Su amigo parecía algo más delgado y tenía realmente buen aspecto.

—Por fin me han dejado verte. Te has llevado dos días despertando, so flojo. Yo con uno ya pude.

—Es que estaba cómodo, Rambo.

—Seguro. ¿Y cómo te encuentras ahora?

—Bastante mejor, y mucho mejor que hace tres años —bromeó Jeremías.

La mirada de Ricardo se tornó cautelosa.

—Jeremías...

—Es coña, hombre. No pongas esa cara, que de verdad estoy mucho mejor, aunque cuesta creer que... —Jeremías adoptó una pose inmóvil con las manos engarfiadas hacia delante y los brazos flexionados—. Como Han Solo en la carbonita, tío; es que no acabo de creérmelo. Además, ni me di cuenta hasta que me fijé en...

—Trece.

—¿Trece? ¿Trece qué?

—Años, Jeremías. Trece años.

04. Zul, Lito y Pirueta

Era un sitio bastante oscuro y polvoriento, pero al menos no pasarían frío. Lito aseguró a Zul que tampoco tendrían miedo, pero sospechó que su vocecilla temblona no convencería a nadie, ni siquiera a un osito de peluche interactivo de color azul.

Hacía un rato que no oían a ninguna araña, pero cualquier rumor a lo lejos parecía burlarse de ellos asemejando el ritmo repiqueteante de sus largas patas.

Para sobrevivir en Zeinumb había que saber cómo combatir a los marcianos, pero también esconderse y descansar. Las casetas para la maquinaria de ascensores no eran mal sitio para dormir. Aquélla en concreto, en la azotea del Excelsior, se podía abrir con facilidad. Como casi todas, era una pequeña habitación con una gruesa columna de rejas en el centro llena de cables, ruedas y motores.

Lito se había acostumbrado al ocasional ruido y le gustaba escuchar las conversaciones de la gente que se alojaba en los pisos más altos. Sobre todo le gustaba oír las risas de otros niños. Además, un par de cajas de la maquinaria tenían muchas lucecitas parpadeantes que permitían ver de noche, y aunque la cama del centro fuese más cómoda su cojín de la risa era una excelente almohada.

Y, por encima de todo, aquí no tenía que aguantar a los abusones que pegaban a los más pequeños y les quitaban la paga. Era difícil tener ocho años. ¡Ya casi nueve!... No quería regresar.

Ni hablar.

—No tenemos que volver, ¿verdad, Zul? —preguntó Lito al oso.

—No, Carlitos —respondió el juguete con su melosa voz cantarina mientras pestañeaba. Uno de los párpados se quedó entrecerrado y Lito lo corrigió con suavidad. Había programado a Zul para que lo llamara por su nombre entero, como solía hacer su mamá antes de irse al cielo. Así no se olvidaría ni de su nombre ni de su madre. Sabía que a veces olvidaba cosas y, aunque sospechaba que sólo eran las malas, por si acaso.

El reloj de muñeca de Zul decía que era hora de dormir. Lito se hizo el distraído cuando sus tripas parecieron retorcerse. Mañana podría coger algunos trozos de galleta de los que siempre dejaban en las mesas de las cafeterías. Tenía algo de dinero, pero si no lavaba su ropa o compraba nueva se darían cuenta de que no

era... un niño *normal*. Aquel último pensamiento provocó mucha tristeza a Lito.

—Tú eres mi amigo, ¿verdad, Zul?

Zul respondió con un aspaviento de abrazo y un tono cursilón que siempre hacían sonreír a Lito.

El cojín de la risa soltó una carcajada cuando Lito acomodó su cabeza sobre él. Zul estaba frente a la puerta de entrada en modo de vigilancia. Si algo mayor que una mota de polvo se movía ante sus ojos, o su giróscopo interno detectaba movimiento antes de ser desconectado con la adecuada orden de voz, daría la alarma.

Acurrucado bajo su manta de las Suprernas, Lito se aseguró de que podía alcanzar la pistola láser en el interior de su mochila con sólo alargar el brazo.

—Buenas noches, Zul.

—Código de desactivación incorrecto —respondió el peluche.

—Mira que eres tontorrón a veces —murmuró el niño.



Lito paseaba cogido de la mano de su madre bajo los árboles de la avenida Tolkien. Nada podía hacerle daño y no podía ser más feliz. Ella le contaba cosas que no estaba seguro de entender muy bien, pero la miraba y sonreía. Lo demás no importaba.

El sol se filtraba a través de las hojas de los plátanos de sombra haciendo que parecieran estar llenas de lucecitas verdes. A Lito le hacía gracia que aquellos árboles se llamasen así, si total, no tenían plátanos que él pudiera ver. Su madre solía decirle los nombres de todos los árboles y plantas aunque fuesen sólo yerbajos. Algunos eran muy divertidos.

Lito miraba las escaleritas de piedra de las casas. Todas diferentes y al mismo tiempo tan parecidas. Le gustaba observar los adornos de los pasamanos: leones, dragones, esferas, pájaros... y sonreía a las personas que a veces entraban o salían. Hoy no había visto a nadie todavía y le pareció extraño.

De repente, Lito sintió un escalofrío. No podía recordar cuándo habían salido de... ¿su casa? ¿Cómo era su casa? Se esforzó en recordarlo. Si lo conseguía, tal vez esta vez... El miedo creció y quiso mirar a su madre para pedirle ayuda; giró la cabeza lenta y recelosamente sospechando, o tal vez recordando, un desenlace terrible para aquel simple movimiento. Inmisericorde y devastador,

su temor se confirmó cuando Lito comprobó que su brazo parecía colgar de la nada mientras el suave tacto de la mano de su madre se desvanecía.

Entre las hojas de los árboles había ahora otras luces, rojas, pequeñas y brillantes como los ojos de las arañas marcianas. Instintivamente, Lito buscó la pistola láser, pero no llevaba el cinto con el arma. Tampoco la mochila. Las ramas de los árboles se agitaron mientras las luces rojas aumentaban en número.

Cuando quiso echar a correr, Lito movió las piernas bajo la manta de las Suprernas y despertó. Al abrir los ojos algunas luces verdes seguían allí, y no era el sol a través de las hojas, sino los diodos de las cajitas pegadas a la maquinaria del ascensor. Pero ¿y aquéllas rojas de la derecha? Angustiado, comprobó que las estaba viendo a través de la rejilla de la puerta, y se movían.

Con mucho cuidado, el pequeño alargó la mano hasta la pistola, la empuñó y empezó a gatear hacia el otro lado de la columna de maquinaria tan silenciosamente como pudo.

—Alerta, Alerta. Intrusos en la habitación —advirtió Zul varias veces.

Lito buscó una concatenación de espacios libres que le permitiese ver a través de la reja y la maquinaria. Finalmente fueron las mismas luces rojas las que guiaron sus ojos. Sí, eran arañas marcianas.

Como mandaba la programación, Zul recitó su alerta cinco veces y luego calló. La araña más destacada del grupo pareció mirarlo cuando introdujo la cabeza y su primer par de patas, éstas sujetando un arma láser, en el pequeño cubículo. Lito casi dejó de respirar. Por los siniestros fulgores de racimos de cinco ojos se trataba de, al menos, cuatro arañas marcianas. Acorralado de aquel modo, poco podría hacer si entraba en combate.

La araña introdujo el siguiente par de patas en la caseta, éstas ya sustentando su feo cuerpo, y una de ellas rozó a Zul, haciendo que se tambalease.

—¡Eh! ¿A dónde vas? ¡Alerta de invasión! ¡Todos a sus puestos!

El guerrero marciano pareció sobresaltarse y giró de modo violento para encañonar a Zul. Se escuchó el zumbido de un arma láser.

El sonido se repitió varias veces, y para sorpresa de Lito los destellos fueron azules en lugar de rojos, produciéndose además en la retaguardia del comando marciano. Al instante pudo oír el característico gorgoteo que las arañas solían proferir al desplomarse. La que tenía casi medio cuerpo en el interior de la caseta empezó a

retroceder. Más disparos. Ahora vislumbró una delgada silueta pasando ante la puerta. Giraba sobre sí misma casi como si ejecutase un paso de baile y ¿disparaba dos pistolas? Muy poquitas personas usaban dos pistolas en Zeinumb. Otra araña marciana cayó bajo la lluvia de luz azul.

Lito tomó una decisión. Alguien lo estaba ayudando y él no era ningún miedica. Salió de su escondite y empezó a disparar contra la araña fisgona, que ahora le daba la espalda. La criatura empezó a girar sobre sí misma mientras parte de su cuerpo lanzaba chispas y humo, pero cuando pudo apuntar al pequeño éste se había ocultado de nuevo tras la maquinaria. El guerrero marciano pareció dudar y un disparo terminó de abatirlo.

Todo había quedado en silencio. Lito aguardó indeciso unos momentos y luego decidió asomarse. Naturalmente, tomó en brazos a Zul.

—¡Eh! ¿A dónde...?

—¡Chist! —interrumpió el niño al peluche al tiempo que le tapaba la barriga. Lito sabía que el altavoz estaba oculto allí—. Código Carlitos Azul —susurró a su amigo.

Zul dijo algo amistoso para confirmar la desactivación del modo de vigilancia, pero el sonido quedó ahogado por la mano de su dueño.

Fuera no parecía haber nada aparte de los cuerpos humeantes de cuatro arañas iluminados de forma macabra por la luna llena. Pero Lito sabía que alguien lo había ayudado, así que empezó a buscar rodeando la caseta. Cuando volvió al mismo punto no había encontrado a su benefactor, pero sí a otro par de arañas recién surgidas de la puerta que daba a las escaleras, dispuestas a dispararle. Pensó que todo estaba perdido.

Insólitamente, la ayuda llegó ahora desde arriba. Los haces de luz azul convergieron sobre una de las arañas con tanta precisión que ésta se desmoronó antes de poder reaccionar.

Lito alzó la vista y aquella imagen quedó grabada para siempre en su memoria. El delgado cuerpo hacía destacar aún más la tupida, rizadísima y rubia melena que enmarcaba unos enormes ojos celestes. Suaves rasgos constituían una expresión inesperadamente dura en un rostro tan bello, y la pose no podía ser... más chula. Lito tuvo la impresión de que llevaba largo tiempo observándola cuando ella se agazapó evitando varios láseres rojos. Tras admirar el modo en que aquel mar de rizos ondulaba siguiendo al resto del cuerpo, decidió que al menos intentaría ser útil.

Sobre la caseta de maquinaria del ascensor aquel ángel no tenía espacio para esquivar. La araña no tardaría en alcanzarla, a menos que...

Algo azul golpeó el suelo junto a la araña lanzando ñoñas exclamaciones con cada rebote. Tras un «cáspita» y un «córcholis», el peluche se detuvo.

—Me he caído —dijo Zul en tono lastimoso mientras agitaba brazos y piernas.

Alertada por los sonidos de apariencia humana, la araña marciana apuntó al pequeño oso de juguete tratando de evaluar si se trataba de un blanco prioritario. Los disparos combinados de las dos pistolas de la joven y la de Lito terminaron con sus dudas.

—Por suerte no son demasiado listas —exclamó la chica desde arriba. Lito intentó decir algo, pero tuvo que empezar por tragar el nudo que tenía en la garganta—. Mi nombre es Marta —añadió la chica al no obtener respuesta—, pero por aquí me llaman Pirueta.

—Yo soy Lito. Bueno, Carlos, pero siempre me dicen Lito —dijo atropelladamente él—, y mi oso se llama Zul —añadió, señalándolo.

—Un oso muy listo y oportuno. Yo tengo una mariposa. ¿Ves? —comentó Marta mostrando su colgante metálico con la forma del insecto mientras dedicaba una sonrisa al chico de morenos cabellos despeinados.

Lito sintió que estaba a punto de flotar.